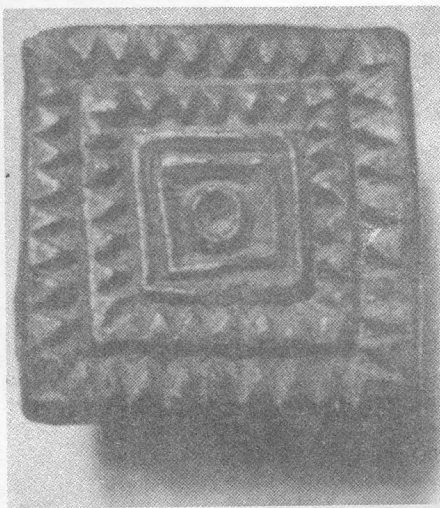


Reconociendo su validez universal, dentro del denominado "proceso ideal de la cultura", la producción artificial de alimentos, con la domesticación de los animales y el cultivo de las plantas, se sitúa en ese periodo intermedio entre el "salvajismo" y la "civilidad" que Gordon Childe denominara "barbarie". Me adelanto a explicar que aquí el uso del concepto "bárbaro" no tiene nada que ver con su acepción popular de "inculto", "atrasado", "primitivo". Expresa una noción más cercana a como la entendían los griegos, agrupando en ella a quienes "balbuceaban", emitían extrañas voces "como los pájaros", hablaban otras lenguas distintas de la suya y, en definitiva, vivían muy lejos de sus fronteras. Esta misma significación, matizada por las cualidades



de jóvenes y preparados investigadores. Acontece, sin embargo, que la herencia chirle y el analfabetismo que en materia histórica (y por lo tanto prehistórica) caracteriza a nuestras cúpulas administrativas, hundidas en el océano de papeles de la mostrenca burocracia, se traduce, en este renglón concreto, en el caso omiso y descarada gala de cinismo, en relación con la importante contribución cultural que entraña el rescate y la devolución al pueblo canario (su legítimo propietario) de su irrenunciable patrimonio arqueológico, hoy convertido en afrentosas escombreras y basurales.

Después de estas declaraciones, que sólo obedecen al ejercicio constitucional de la libertad de opinión —y me gustaría que los hechos muy pronto

## DIOSA-MADRE, MITOS Y ARQUEOLOGIA

violentas y belicosas fue la que utilizaron los tardo-romanos para denominar a los pueblos situados más allá del "límites". De ahí el genérico empleo de "invasiones bárbaras".

Desde los postulados etnológicos y prehistóricos este término alude a un mundo bien distinto, paralelo a lo que en el registro ergológico se ha venido a llamar neolítico. La "barbarie" es pues el horizonte histórico de los grandes inventos y descubrimientos, de los que el hombre aún no ha podido independizarse. Citaremos tan sólo, por su relieve: la ganadería, la agricultura y la cerámica.

El éxito y el equilibrio de las comunidades neolíticas fue tan grande que hasta tiempos históricos, para los griegos y los romanos, y anteriormente los sumerios, acadios y persas, el 90% del ecúmene vivía sumido en su disfrute. Toda América, a excepción de los focos nucleares urbanos que ya expresan la "civilidad" aunque sin metalurgia, en realidad, hasta la llegada de los europeos, vivió dentro de un Neolítico Pleno. Los ejemplos pueden multiplicarse fuera de la privilegiada ribera del mediterráneo. Tal es el caso, cercano y que a todos nos interesa, de las Culturas Prehistóricas Canarias, en sus distintos niveles.

Nuestro propósito es referirnos a conceptos universales y aplicar su traducción a algunos aspectos de la arqueología prehistórica canaria. En este caso, vamos a girar en torno a una de las grandes ideas de la cultura como lo es la de la Diosa-Madre y que, precisamente, se origina entre las primitivas comunidades agrícolas del Oriente Próximo, y va a tener una vigencia sorprendente a través de toda la historia del Occidente mediterráneo, llegando su influencia a Gran Canaria, probablemente a través del camino natural del Norte de África donde este culto está igualmente desarrollado.

Por ser una cuestión arqueológica con traducción cultural, y que implica varios niveles de investigación, llama-

remos la atención sobre el hecho de las explicaciones e interpretaciones. Con frecuencia nuestra arqueología insular ha estado mediatizada por una óptica ensimismada y empobrecedora, incapaz de situar en su justo lugar los datos obtenidos en las excavaciones. Reconocemos que no siempre es fácil —sin caer en el diletantismo— superar el arqueografismo de los informes y memorias, en una disciplina muchas veces tan árida e ingrata como la prehistoria. Pero esta limitación no nos impide detectar la secular pesadumbre y conformidad fatalista, o en el extremo opuesto, la delirante reacción, desquiciada, de un guanchismo sublime y racial, a lo "ateneo" y juegos florales de principios de siglo. Estas reconstrucciones ideales de la prehistoria de Canarias —manipuladas por la "intelilentzia" ensayística y sin recatos científicos— desgraciadamente, por su excitación literaria ha arraigado entre las vagas nociones contradictorias y confusas que circulan entre el grueso de la población isleña, incluida su engañada juventud que sin un proceso crítico se ha sumado, a pie juntillas, a hacer suyas las elucubraciones y farsas a las que los políticos sin escrúpulos acuden. Con la única finalidad de arañar unos votos entre la desorientada juventud, ansiosa por otra parte y noblemente dispuesta a asumir el pasado prehistórico como elemento contrastador y positivo de la identidad insular. La gravedad de estas trampas y coartadas incide, precisamente, sobre un aspecto tan primordial como lo es el vínculo histórico, sucesorio y filogeográfico que conecta a los canarios de finales del siglo XV con los canarios de finales del siglo XX, dentro de un esquema de relaciones estructurales similares.

Como elemento positivo tampoco hay por qué esconder que en la última década, y desde el paso por la Universidad de La Laguna de los profesores Pellicer y Acosta, la Prehistoria de las Islas Canarias ha emprendido su ruta científica y cuenta en la actualidad con unos recursos humanos, nada despreciables,

contradijeran mis aseveraciones—, digo, después de expresar mi descontento con la **política cultural**, en todas y cada una de sus escleróticas instancias insulares, vamos a revisar uno de los ángulos más sugestivos de la **mentalidad insular**, y que tiene su origen, coincidentemente, en nuestra reciente prehistoria. Parodiando a Bonaparte diríamos: "Quinientos años tan sólo os separan del hombre bárbaro".

Pero vayamos a lo nuestro.

Cuando los europeos inician sus contactos con los isleños (del XIII al XV) se establece la oportunidad de contrastar los distintos niveles y la variedad cultural que los separaba de aquellos individuos, que aún vivían, sorpresivamente, en estado de naturaleza y fueron tratados como "gentiles".

Tal como ha venido a corroborarlo la arqueología moderna, a finales del XV, y como resultado, entre otros factores, del aislamiento cada isla había desarrollado por su cuenta su propia cultura. Cada isla es un mundo aparte, aun cuando puedan reconocerse las resonancias y los parentescos comunes, casi siempre muy debilitados.

En el momento de la invasión castellana Gran Canaria disfrutaba de un nivel cultural que sin poseer el arco y la flecha o la tecnología metalúrgica, los animales de tiro o la rueda, no obstante se correspondía con un desarrollo institucional tan elevado que los dinastas isleños, en Europa, fueron tratados como reyes. Valiéndonos de equiparaciones —y salvando su cara simplista— no exageramos al decir que la sociedad insular del XV había quedado remanada en un estadio cultural similar al de la Grecia arcaica. Vivir en una isla siempre es un lujo: Creta.

La ordenación institucional y los recursos culturales de los **canarios prehistóricos** (y aquí restrinjo su uso a los isleños de Gran Canaria que habitan la isla, inmediatamente antes de la llegada de los "hispanos") responden estructuralmente a las sociedades agrícolas de **organización matriarcal**. Frente a

los **guanches**, habitantes exclusivos de Tenerife, sumidos en una cultura eminentemente **pastoril y patriarcal**, los habitantes de Gran Canaria, al menos en la zona norte de la isla, respondían a unos estímulos de raigambre **agrícola y matriarcal**. Estímulos éstos matizados por los componentes patriarcalistas de la clase nobiliaria que informaba el Guartemato de Agáldar.

En otras ocasiones hemos insistido en las constantes matriarcales de la **es-**

En otras ocasiones hemos insistido en las constantes matriarcales de la **estructura profunda**, y en la psicología colectiva e individual, de la sociedad y el habitante isleño. En un ambiente físico, cercado por las aguas, el medio húmedo, asimilado al principio femenino, hubo de jugar un importante papel en la etología de este pueblo. Venus, o sus sucedáneos, en todas las mitologías, nace del mar. Así "las tibicenas", zoomorfismo metamorfoseado de la Diosa-Madre, surgen como "fantasmas" como "perros lanudos" del Océano, simbolizando quizá oscuros tabúes impuestos en relación con la **canofagia**. Las fuentes etnohistóricas han documentado la presencia de los **canari**, en el África Noroccidental, como comedores de carne, elemento éste fundamental en la dieta alimentaria de los canarios.

Un pueblo que construye sus poblados y sitúa sus necrópolis en las orillas del mar, al tiempo que se siente seguro de su destino (abierto al universo y sin fortificaciones), goza de las sugerencias lúdicas, de la inmensa masa azul, iluminada y acuosa que, sin duda, junto con las montañas es el espectáculo natural más solemne que puede concebir una mentalidad primitiva. El mar es el regazo materno de la isla. Aquí el binomio Madre-Mar y Madre-Tierra son complementarios. La Madre-Tierra, común a todos los pueblos agrícolas (surcar la tierra) y la Madre-Mar, de connotaciones marítimas, probables y frustradas (surcar el mar). No es casual que **madre** y **mar** tengan una misma raíz. Lo mismo el verbo **arar**.

Por si estas sugerencias simbólicas, del universo mítico, no fueran lo suficientemente expresivas, nos centraremos, exclusivamente, en el registro arqueológico. Las figurillas de arcilla cocida, de la cultura prehistórica canaria, documentadas en varios contextos arqueológicos como el horizonte que hemos denominado "**Cultura de la Cueva Pintada**", viene a significar la expresión plástica de ese culto a la Diosa-Madre, bajo una de sus múltiples variables. Tampoco es casual que las pinturas geométricas que decoran las paredes de aquel hipogeo real, de clara estirpe neolítica, queden asimiladas a los patrones geometrizarantes propios de quienes conocen el arte de tejer y combinan las urdimbres en múltiples sentidos y direcciones. El origen de estas "insignias clánicas" o "emblemas nobiliarios", similares a los motivos impresos en los sellos de arcilla (las célebres pintaderas), tienen un antepasado común que son los motivos textiles de las tejedoras. En los tejidos y peletería bereber, estos temas lineales, idénticos a los canarios, siguen vigentes hasta hoy día.

En el contexto de una mentalidad agraria como la del Neolítico Reciente de Gran Canaria, con silos colectivos como el Agadir de Lairaga (mal denominado "Cenobio de Valerón") queda claro el bienestar generado a partir de los excedentes de producción, explicitados en el florecimiento de un nivel cultural, tan refinado como el de su cerámica decorada, sus tumbas principesca o sus palacios enmaderados. En este último capítulo baste recordar la admiración que hasta bien entrado el XVIII causaba el Palacio de los Guartemes considerado como "el Escorial de Canarias".

A lo femenino hay que asociar gran parte de este florecimiento insular. Si no hubiese testimonios escritos tan elocuentes como la posición jerárquica y prestigio de las mujeres, desde Andamana a las Guayarminas, una lectura estructural del fenómeno nos llevaría a idénticas deducciones. En manos de las mujeres hubo de estar el grueso de las

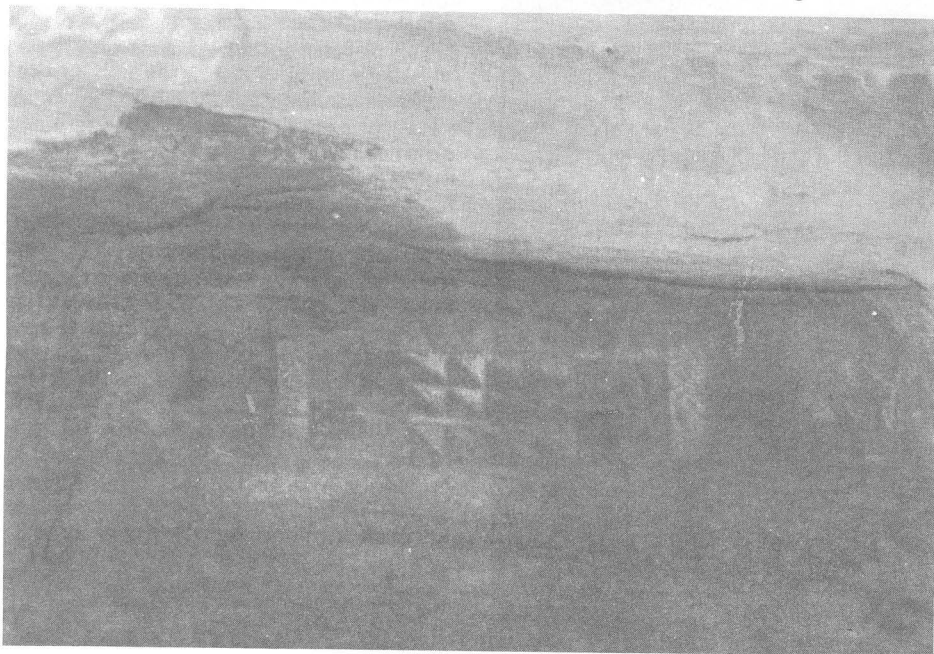
artes y artesanías: alfarería, tejidos, peletería, y la misma agricultura, arte mayor.

Queremos insistir sobre este último aspecto, evidentemente el más sobresaliente. El hecho de que la isla no se pacifique hasta la entrega al obispo Frías de la Guayarmina como "Señora de la Tierra", está señalando la profunda raíz matriarcalista, de estirpe agrícola, que une en la mujer los principios de **jerarquía y territorialidad**. Malinowski en su "El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand" ha insistido lo suficiente en este sistema como para reincidir en sus detalles. Sin embargo, llamaremos la atención sobre la concepción mitológica y jurídica de los indígenas donde los huertos cultivados quedan eternamente vinculados al cabeza del grupo consanguíneo. En un sistema matriarcal en decadencia pueden coexistir los dos principios de filiación que pueden dar lugar a un cuadro complicado de parentescos y relaciones de dependencia y jerarquía. Pero la "verdadera parentela" será siempre la formada por la madre y sus hijos, además del hermano de ella, es decir el tío materno, con lo cual la primera relación es siempre materno-filial (de la madre con sus hijos) y **avuncular** (del tío con sus sobrinos). Así, pues, al frente de cada grupo puede aparecer un dirigente varón —especialmente entretenido en las artes de la guerra— y que puede ser el primogénito del linaje (en Gran Canaria "el guanarteme", el hijo del rey). Pero la auténtica filiación de legitimación hereditaria será siempre femenina, matrilineal. Todos serán miembros de la misma familia en cuanto puedan demostrar una misma "**antepasada apical**" (Andamana). Los descendientes de tal antepasada común constituyen el "clan". Es entonces a partir de esta noción como se organiza la **jefatura**, en base a dos líneas institucionales. Los varones mantendrán el "**rango**", por medio de su pericia en las armas, o en los negocios públicos. Pero el "liderazgo" de la comunidad estará siempre en manos de la mujer, depositaria de las garantías de los principios de filiación, garantizando la adhesión a las tradiciones, y a las costumbres sancionadas por tal jerarquía.

Abundando en el papel de la **madre dinástica**, ésta queda asimilada a la madre-tierra, generadora de mieses, de donde se desprenden las connotaciones de Madre-Fecunda y Madre-Nutricia, dadora de vida y alimentos, respectivamente.

No es, pues, extraño que el mundo de las creencias, del ceremonial y los ritos participe y quede fuertemente teñido por esta concepción. Así los cádáveres al ser depositados en la tierra, al igual que las semillas, podrán renacer, reiniciando el ciclo vital, repetitivo tal como acontece con las estaciones y las cosechas. Surge en este momento el mito de la resurrección asociado al mecanismo comparativo del sembrar y florecer. Es necesario morir, ser enterrado, volver a la tierra-madre (al claustro por antonomasia) para poder re-nacer.

En este "clima de religiosidad pri-

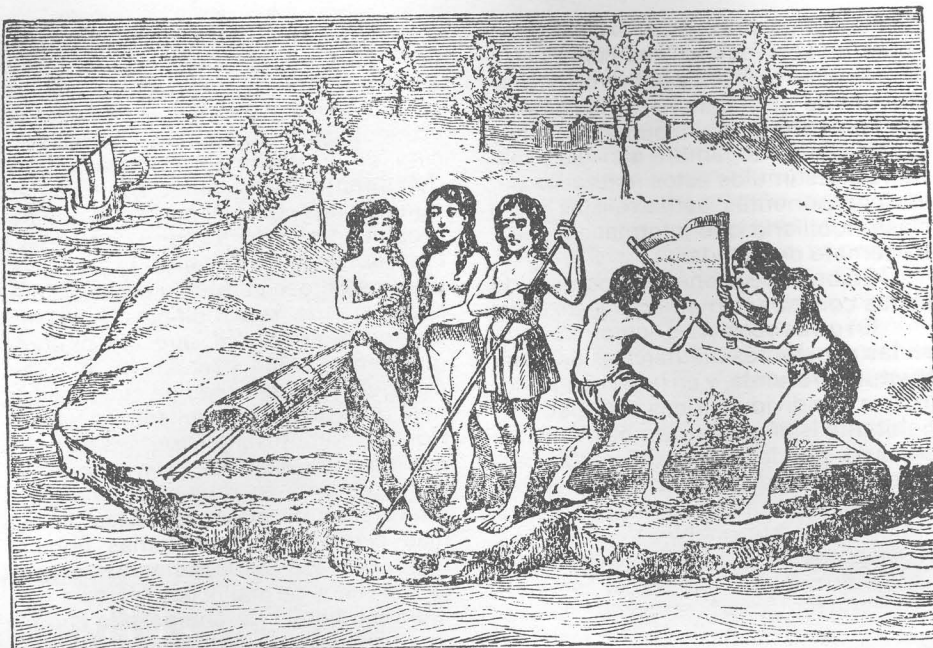




mitiva", conformado por el universo agrícola-matriarcal es donde hay que situar las figurillas, los ídolos de arcilla, los propios de estas culturas, y que están perfectamente documentados en la arqueología prehistórica de Gran Canaria.

En efecto, las figurillas zoomorfas que remiten a las "tibicenas" o espíritus semi-demoníacos, ensamblan perfectamente con este mundo simbólico. La vuelta a la tierra, a la obscuridad, a las tinieblas, (al "Orco" de los clásicos) es la **conditio sine qua non** para poder resucitar. Hasta Jesús de Galilea —y así lo recoge la cristografía— tuvo que cumplir este requisito: "Bajó a los infiernos y al tercer día resucitó", dice el credo católico. Estos "infiernos", que nada tienen que ver con la interpretación jesuítica de la nación satánica de los condenados, no son otros que los niveles —a— conscientes y subconscientes, del olvido profundo y de las emanaciones psicológicas fundamentales, y por ende provistos de capacidad purificadora y transformadora. Tan sólo cuando la semilla baja al surco y se oculta en la obscuridad de la tierra puede regenerar. Por mimetismo, los cadáveres han de ser sepultados si se desea su resurrección. Esta y no otra es la causa real de la tragedia de Antígona, al no poder honrar el cadáver de su hermano, víctima de los perros y las aves carroñeras. En los pueblos incineradores, como los celtas, de origen nómada y pastoril, desvinculados de la agricultura y el sedentarismo, la ultratumba y la inmortalidad obedecen a otras concepciones pero donde las "honras", la "fama del héroe" son elementos más a destacar. Se trata de las típicas sociedades del "honor", resultado de una valoración patriarcalista de la vida.

Siguiendo con el desglose de la idea matriz, es un hecho admitido que en las culturas agrarias la madre puede



metamorfosearse en zoomorfismos diversos como la cabra, la serpiente, las aves, etc. Es así cómo la paloma ha llegado a ser la imagen ornitomorfa de Venus. Las serpientes cretenses, además de su simbología cónica y falológica, vuelve a sugerir el mundo materno y sus elementos fecundantes-fecundadores (la serpiente y la manzana bíblica como factores fecundativos de Eva).

Pero insistiendo en el registro arqueológico de las "Venus Canarias", como la n.º 622 'incorrectamente denominada "Ídolo de Tara" no es más que una figuración andrógina, de doble lectura y con una sola funcionalidad: la exaltación mágica del pansexualismo.

En efecto, su composición antropomorfa, estilizada y sintetizante, sugiere a un personaje sedente, con un voluminoso, e intencional, desarrollo esteatopéptico. En un segundo nivel de lectura, nada difícil, estamos ante un falo erguido con exhibición de sus genitales.

Una mención especial merece la "Buda de Jinámar", por su identidad con las figurillas de arcilla encontradas en Catal-Huyk (Anatolia), y que ponen de nuevo en la palestra los paralelismos posibles de Gran Canaria con el Mediterráneo Oriental. En efecto, la representación de ese personaje sedente, obeso y pleno, no es más que la expresión de la Madre-Nutricia.

Si elevamos el significado a nivel apotropaico, al igual que los betilos y otros símbolos colocados intencionalmente en las cercanías de las tumbas, con el propósito de propiciarle la resurrección por medio de esta fecundación mágica, se completa el cuadro contextual de lo materno en su doble y contradictoria acepción: como dadora de la vida y como agorera de la muerte.

Cerramos estas notas con un párrafo de Laviosa Zamboti que, en pocas palabras, resume las ideas principales que hemos intentado desarrollar y poner en conexión con uno de los capítulos más sugestivos de la prehistoria canaria: "El mundo agrario está dominado por una mentalidad lujuriosa y orgiástica, ensalzándose la suprema actividad procreadora de la mujer, de la misma forma que se hace con la fecundidad de la naturaleza. Las generación sobreviene mágicamente; el acto sexual viene a formar parte del ritual y como rito sagrado se mantendrá durante siglos en muchos países. Sagrada es también la desnudez de la diosa y sagrados serán asimismo proclamados los órganos sexuales".



Celso MARTIN DE GUZMAN